

Autor: Abilio Ayuso

# EL PERRO

Ilustrador Ronny Bravo



Micro relato de suspense donde la ley del Karma <sup>+12</sup>  
juega un papel importante.

Manolo era un viudo jubilado, que trataba de vivir tranquilamente su existencia dedicándose a su jardín y sus libros.

Para su retiro había comprado una casita en un pequeño pueblo rural, huyendo de la contaminación y el bullicio de la gran ciudad.

Hombre culto y educado, era poco amigo de entrometerse en las vidas ajenas, ni que los demás se entrometieran en la suya.

Tal vez por eso, sin pretenderlo, se había ganado la enemistad de tres de sus inmediatos vecinos, que por el contrario eran adictos a la silla en la calle, o tras los visillos si hacía mal tiempo, y el cotilleo y chafardeo sin más propósito que el de pasar el rato criticando a cuantos se pusieran a tiro.

Aquella tarde grisácea y ventosa, Manolo se había apalancado en su sillón favorito frente a la chimenea, dispuesto a fumarse una pipa y degustar un exquisito coñac que le habían regalado, pero se vio interrumpido por una insistente llamada en el timbre de su puerta.

Era una pareja de la guardia urbana que en un tono frío pero correcto le preguntaron: “¿El señor Manuel Cortés?”.

“Si, yo mismo, ustedes dirán”.

“Se trata de una denuncia que hemos recibido por parte de sus vecinos”.

“Bien, de acuerdo, pero pasen ustedes para explicármela, no se queden aquí fuera que no está el tiempo como para dialogar en el exterior, ¿Si desean pasar a la sala que estaremos más cómodos?”.

“No gracias, seremos muy breves, se trata de los ladridos de su perro que molestan a toda la vecindad”.

“Pero... Estos hechos: ¿A cuando se refieren, al año pasado, al mes anterior...?”.

“En absoluto, son hechos recientes, de estas dos últimas semanas, y sus vecinos han tenido la deferencia de aguantar quince días antes de denunciarlo”.

“Que considerados. Bien pues ahora sí que necesariamente han de pasar a la sala para que pueda mostrarles a mi perro”.

“No es necesario, de momento nosotros solo venimos a informarle”.

“En este caso es imprescindible, porque me temo que van a tener que levantar un acta respecto a este asunto”.

Algo sorprendidos, los agentes le acompañaron a la sala de estar, donde Manolo les mostró una fotografía a todo color de un precioso bóxer que yacía sobre una cesta acolchada diciendo: “Este es Canelo, mi perro, y como verán ustedes... Ni ladra ni puede ladrar”.

“Pero... ¿El animal dónde está?”.

“Murió el mes pasado, envenenado, tal vez por algún vecino que lanzó carne picada con puntas de cristal en su interior por encima de la valla del jardín, tuvo una agonía terrible y al final le pedí al veterinario que lo sacrificara, él mismo se encargó de la incineración”.

“¿Y no denunció usted los hechos?”.

“¿Para qué, que ganaría con ello, hacer pública mi desgracia y que el autor se riera de mí?, pudo ser un vecino o cualquiera desde la calle, de hecho, excepto el veterinario, que además no es de este pueblo, nadie sabe que ya no tengo perro”.

“Pero entonces... ¿Los ladridos?”.

“Ese es el tema que nos incumbe ahora, como pueden comprobar esos ladridos no existen. Incordiar a los vecinos con ruidos molestos puede ser una falta más o menos grave, pero realizar una denuncia falsa sí que debe ser muy grave, porque se trata con ello de importunar al prójimo utilizando los mismos medios que deberían servir para que estas cosas no ocurrieran. Al igual que el virus del sida, que ataca a nuestro organismo a través de nuestras propias defensas. Con el agravante de que están apartando a las fuerzas del orden del auténtico cumplimiento de su deber, porque mientras están ustedes persiguiendo denuncias falsas, tal vez se esté cometiendo un delito en otro lugar que no pueden interceptar”.

Se notaba que los policías estaban más de parte de los vecinos, que conocían de toda la vida que de un recién llegado al pueblo, porque de inmediato dijo el mayor de ellos: “No Don Manuel, será algún tipo de mal entendido, pero no una denuncia falsa porque precisamente parte, no de una, sino de tres familias muy respetables de aquí del pueblo”.

“El que sean tres no es más que un agravante, asociación para delinquir, y el malentendido es que no saben que mi perro ha muerto, en cuanto a respetables... También lo fue Jack el destripador durante toda su vida, porque nunca fue descubierto”.

“Don Manuel, estoy seguro de que hay otra causa, nosotros aclararemos este enojoso asunto y no se preocupe que nadie volverá a molestarle”.

“¿Y entonces... Mi denuncia contra ellos?”.

“Yo le ruego que deje este tema en nuestras manos sin complicarlo con papeleo oficial, este es un pueblo pequeño y aquí somos todos como una gran familia, aquí no existe la malicia que impera en las grandes ciudades, no hay personas realmente malvadas”.

“Excepto el que envenenó a mi perro”.

“Eso pudo haberlo hecho un forastero, esos desalmados prefieren actuar lejos de donde habitan para no levantar sospechas”.

“Podría ser”.

“No lo dude usted, lamentamos las molestias que le hemos causado y le repito, déjenos actuar a nosotros y verá como todo se soluciona de la mejor manera”.

Al cabo de unos minutos, a Manolo le pareció escuchar una agria discusión en la calle. Sospechando de que se trataba, hizo lo que en él era impensable, acercarse a la puerta para espiar por la mirilla.

Vio un grupo formado por los dos agentes y tres matrimonios mayores, que precisamente eran sus vecinos de ambos lados y los de enfrente. Aun llegó a tiempo para oír como el policía que había dialogado con él decía en tono airado: “Y esta vez lo he parado, pero si se os ocurre venir con otra patraña de estas os vais a enterar de quien soy yo, que aquí la guardia urbana está para algo, no para ser utilizada para vuestras artimañas”.

Como respuesta a esa afirmación contundente le pareció escuchar algún tipo de disculpa y de juramento de sinceridad. A lo que el policía respondió: “Pues la próxima vez lo grabáis, o traéis un notario que levante acta, porque además los ladridos no llevan sello de procedencia, bien podría ser un perro que estuviera por la calle”.

Manolo volvió a su tarea interrumpida, la pipa y el coñac, pero no habían pasado veinte minutos cuando volvió a sonar el timbre.

Se acercó malhumorado a la entrada pensando: “¿Quién demonios será ahora, la Guardia Civil o el Ejército?”.

Pero su humor cambió al abrir la puerta, eran unos amigos sesentones como él, que habían decidido visitarlo.

Los hizo pasar a la sala y después de las primeras palabras de bienvenida le explicaron el motivo de su visita: “No te hagas ilusiones Manolo, tú eres la excusa perfecta, hemos visto la noticia de que en un pueblo cercano al tuyo han instalado un puticlub brutal con barra americana y yo que se cuántas cosas más, y como total ochenta

kilómetros no son nada, hemos dicho en casa: Vamos a visitar al bueno de Manolo, que estará deprimido después de lo del perro, así que ponte guapo que nos vamos”.

“Chicos, os lo agradezco mucho, pero no estoy de humor, además estos primeros días prefiero no dejar sola la casa”.

“¿Por qué, piensas que al no tener perro te robarán?”.

“No es eso, no sé si lo entenderéis, pero pienso que tal vez el espíritu de mi perro aún estará por aquí, antes de encontrar su camino en el más allá”.

“A ver Manolo, yo soy cristiano, aunque no practico, y a mí me enseñaron muy clarito que solo las personas tenemos alma”.

“¿Y eso quien lo dice?”.

“Pues... El Papa, que se supone que es infalible”.

“Claro que sí, pero además del actual, también se supone que los anteriores eran infalibles, y hace unos siglos, según la iglesia, las mujeres no tenían alma, ni los negros tampoco, y ya ves cómo ha cambiado la cosa...”.

“¿Entonces tú en qué crees?”.

“Yo más bien soy de tendencia budista y el budismo opina que todo ser vivo tiene espíritu”.

“Vale listo, entonces cuando te comes una gamba a la plancha: ¿Pecas según el budismo?”.

“No porque cuando la compro ya está muerta, y el cuerpo físico no tiene importancia, pero jamás me verás pescar ni matar a un caracol”.

“Respetamos tus ideas, pero si no quieres venir nos vamos al puticlub sin ti, porque las zorronas que trabajan allí también tienen espíritu y tenemos que ayudarlas a que coman, pobrecillas”.

De aquella forma cordial se despidieron entre bromas y risas, finalmente Manolo se volvió a sentar en su sillón esperando que no hubieran más interrupciones.

Ya era la hora en que Canelo murió hace diecisiete días. Tomó sonriendo una pequeña pelota de goma y la lanzó al otro extremo de la habitación donde después de varios rebotes quedó inmóvil.

No habían pasado cinco segundos cuando la pelota comenzó a moverse hacia él,

lentamente a lo primero, más deprisa después, hasta quedar situada exactamente a sus pies.

La tomó otra vez, mientras una lágrima rodaba por su mejilla y la envió al extremo opuesto del cuarto.

Los ladridos no solo continuaban, sino que aumentaban de volumen y parecían sonar más cercanos, los vecinos, siguiendo el consejo de la policía trataron de grabarlos, pero en la cinta no se registraba nada, tampoco el notario, ni otros testigos, ni parientes, ni amigos escuchaban nada, solo ellos, a todas horas y a un volumen que se había vuelto ensordecedor.

Lo que les acabó de aterrorizar fue cuando se aplicaron tapones de cera en los oídos, porque no podían escuchar ningún sonido exterior, excepto los ladridos.

Convencidos de que solo ellos podían oírlos, pidieron ayuda al cura para que hiciera una especie de exorcismo, que no sirvió de nada.

Tampoco brujos y videntes les pudieron ayudar. Desesperados recurrieron a un psicólogo que después de varias sesiones se encaró con ellos y les dijo: “Yo no puedo ayudarles sino son sinceros conmigo: ¿Envenenaron ustedes al perro?”.

Las miradas de culpabilidad se volvieron hacia uno de ellos, que acabó confesando.

Al final el doctor volvió a preguntar: “¿Pero los demás lo sabían y estaban de acuerdo?”.

Se oyeron murmullos avergonzados de afirmación, tras lo cual, el psicólogo triunfante sentenció: “Está muy claro, ustedes tienen un gravísimo complejo de culpabilidad, esos ladridos están solo en su mente”.

“¿Y cómo podemos arreglarlo?”.

“Pues no va a ser fácil, porque lo hecho, hecho está, pero en primer lugar lo que deben hacer es ir a visitar a su vecino, explicarle los hechos y pedirle perdón de todo corazón”.

“¿Y con eso cesarán los ladridos?”.

“Pues no es seguro, entre otras cosas depende de la sinceridad con que lo hagan, las personas podemos cometer conscientemente muchas maldades, pero el subconsciente no perdona y tarde o temprano castiga”.

“¿Y cómo es que nos ha pasado a los seis a la vez?”.

“Porque tal vez uno de ustedes, el que se siente más culpable, de alguna forma ha influido en los demás, ¿Piensan ustedes que los torturadores de los campos de concentración nazis han podido vivir en paz aunque no hayan sido descubiertos?”.

“Pero es normal, ellos mataron a personas”.

“Personas... Animales... ¿Qué más da?, todo son peldaños de la misma escalera”.

Regresaban a su casa las tres parejas, temiendo escuchar otra vez los ladridos infernales, y así fue, solo doblar la esquina ya los oyeron a lo lejos.

Una de las mujeres dijo en tono histérico: “No puedo más, vamos a pedir perdón ahora o me volveré loca”.

Se dirigieron lentamente hacia la casa, mientras los ladridos aumentaban de volumen, dudaron un momento y finalmente se decidieron a pulsar el timbre.

Aunque Manolo se sorprendió al verlos en la puerta, no lo demostró lo más mínimo, también le causó sorpresa que le saludaran amablemente unas personas que llevaban meses sin hacerlo, y que le dijeran: “¿Podemos hablar con usted un momento?”.

“Por supuesto, pasen por favor, pero espérenme aquí un minuto, que voy a desconectar la plancha”.

Lo que en realidad hizo, con la velocidad de un comando, es tomar su pequeña cámara de vídeo y situarla bajo la barandilla del piso superior, enfocada hacia la sala y grabando.

Mientras tanto, las tres parejas se miraban sonrientes, porque al entrar en aquella casa, los ladridos habían desaparecido.

“Ya está, pero pasen a la sala, que estaremos más cómodos, ¿Les apetece un café?”.

“No gracias, mire... El motivo de nuestra visita, es que hicimos algo incorrecto y queremos disculparnos”.

“¿Se refieren a esa falsa denuncia por los ladridos?”.

“Eso también, pero antes hicimos algo mucho peor... En realidad fuimos nosotros los que envenenamos a su perro, y estamos arrepentidos”.

“¿Me quieren decir que los seis al mismo tiempo lanzaron la carne a mi jardín?”.

“No claro, pero yo la preparé, mi marido la tiró, estos dos nos dieron los cristales de una ventana que se les había roto y los otros dos lo sabían y estaban de acuerdo”.

“Realmente, matar de una forma horrenda a una pobre bestia inocente se trata de una acción nauseabunda, digna de personas con el alma más negra que el carbón, pero díganme: ¿Qué motivos les impulsaron a cometer esa atrocidad?”.

“Bueno... En realidad nada importante, que su perro no dejaba entrar a nuestros gatos en su jardín y además como usted no se relaciona con nadie...”.

“Yo me relaciono con mis amigos, y evidentemente ustedes no lo son, además, jamás quisiera tener relación alguna con personas capaces de una acción tan vil, y me indigna que encima hicieran esa barbaridad para que sus gatos puedan entrar a cagar en mi jardín”.

“Ya le hemos dicho que estamos sinceramente arrepentidos”.

“Acepto sus disculpas, aunque eso no me privará de emprender las acciones legales que considere oportunas”.

“Hombre, no se ponga así, además piense que al fin y al cabo es su palabra contra la nuestra, que si es necesario podemos negarlo todo”.

“En eso tienen razón, quien puede asesinar a un pobre animalillo también puede jurar en falso. Pero la muerte de Canelo ha traído otras malas consecuencias”.

“¿Cuales?”.

“Antes, mi perro mantenía a raya, no solo a los gatos, sino a cualquier indeseado que pretendiera entrar en el jardín, pero desde que él no está he advertido la presencia de ratas, y de buen tamaño, así que me voy a ver obligado a instalar cebos envenenados en mi jardín”.

“Pero eso es un peligro”.

“En absoluto, los muros miden más de dos metros, no existe riesgo alguno de que un niño se los coma, además serán carne cruda, aunque entrara un ladrón tampoco la comería”.

“Pero... ¿Y los gatos?”.

“Esos si, tendrán que controlar que no entren en mi casa, o de lo contrario...”.

“Pero no puede usted hacer eso, los gatos van por los tejados y saltan cualquier valla”.

“Pues será una lástima, pero como están ustedes advertidos, siempre pueden encerrarlos en sus casas”.

“Mire, no hace falta llegar a ese extremo, le compraremos otro perro y listo”.

“No quiero otro perro, quiero a Canelo y ustedes no me lo pueden devolver, ¿Se imaginan que yo hubiera asesinado a un hijo suyo y para resarcirles les propusiera traerles un huerfanito para que lo adoptaran?”.

“Pero es diferente, estamos hablando de personas”.

“Todo son seres vivos, que sienten, sufren y aman, ¿O se piensan ustedes que mi perro no me quería y yo a él?. En fin, veo que tenemos ideas muy diferentes y que podríamos estar hablando un año entero sin ponernos de acuerdo, así que mejor que lo dejemos en este punto”.

Cinco minutos después de que marcharan, Manolo llamó a su abogado para decirle: “Paco, te mando copia de un vídeo muy interesante, quiero que vayas contra ellos por todo lo que les puedas imputar, y más si consigues que alguna protectora de animales o similar se persone también como acusación... mejor, eso le dará más revuelo mediático. Además, si opinas que al estar grabado en mi casa por una supuesta cámara de seguridad solo necesitas mi permiso para colgarlo en Internet... Pues adelante, a por todas”.

Seguidamente, se acercó a un almacén especializado para comprar un potente raticida, para ratas como conejos y se informó de la manera de colocarlo para que no pudiera dañar a los pájaros.

En cuanto las tres parejas salieron a la calle, comprobaron con horror que los ladridos habían regresado, con mayor intensidad si cabe.

Al cabo de cuatro días volvieron a explicarle al psicólogo que su plan había fracasado, pero para su sorpresa este les contesto: “Díganme con toda sinceridad: ¿Sino hubiera sido por los ladridos, hubieran ido ustedes a pedir perdón?”.

“Hombre... Pues no”.

“Eso es lo que me temía, en realidad su arrepentimiento no es sincero, han ido ustedes forzados por las circunstancias, y su subconsciente lo sabe”.

“¿Y qué podemos hacer?”.

“Yo les recomendaría que vendieran sus casas y marcharan a vivir lo más lejos que puedan de allí, mejor a una gran ciudad, para que su bullicio les aparte de ideas negativas”.

“Pero es que hemos nacido allí, eran las casas de nuestros padres, incluso de los

abuelos, allí está nuestra vida, nuestros amigos, la gente que conocemos y con quien podemos hablar tranquilamente en la calle”.

“Hagan ustedes lo que quieran, pero por menos de eso hay gente que se ha suicidado, además, ¿Quién les dice que después de los ladridos no vendrá algo más?”.

Comenzaron por vivir en casa de unos familiares, pero era peor porque luego no soportaban estar en la suya propia ni media hora.

Finalmente apareció un cartel que anunciaba la venta de la casa frente a la de Manolo, más tarde la de mano izquierda y luego la de mano derecha.

Cada vez que los vecinos colocaban un anuncio en la fachada, que solo indicaba: “En Venta” y un número de teléfono, Manolo lo fotografiaba en primer plano y lo pasaba, junto con fotos de rincones bonitos del pueblo y un pequeño glosario de sus excelencias, a unos amigos expertos en publicidad en Internet que lo colgaban anónimamente, eso hizo que se interesaran personas que jamás hubieran pasado por allí y nunca hubieran leído el letrero.

Al cabo de pocos meses se habían vendido las tres casas y Manolo estaba rodeado de recién llegados como él, una divorciada cincuentona de buen ver, un pintor algo bohemio y un matrimonio de funcionarios retirados.

No tardaron en hacer buenas migas y ellos mismos, en referencia humorística a la opinión del resto de sus vecinos, se apodaron: El quinteto de los forasteros.

El mismo día en que la tercera casa fue ocupada por sus nuevos vecinos, Manolo comprobó con una cierta melancolía que la pelota ya no volvía a sus pies.

Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas mientras decía: “¿Qué pasa, ya has cumplido tu misión y ahora te marchas, verdad amigo?”.

Meses después, mientras paseaba por el bosque, vio venir hacia él un cachorro de bóxer de color marrón claro, sucio, famélico y con pinta de atemorizado.

Manolo se agachó en cuclillas y llamó suavemente: “Canelo”, el animalillo lo miró animado y se le acercó con un alegre trotecillo.

**FIN...**